no obstante, que solo saben oponer á esta crisis suprema el principio mismo de donde parte, y la Revolucion con que se autoriza?

¿Qué debemos hacer entretanto? Hélo aquí en dos palabras.

Abjurar esta Revolucion por nosotros mismos primeramente, volviendo á colocarnos bajo el principio divino que ella ha trastornado. Despues inspirarnos con este principio para que el pueblo no se interese por la Revolucion, haciendo en beneficio suyo todo lo que ha hecho ella en su daño.

Es preciso obrar á la manera del pararayos; descargar la nube, evitando la esplosion. Esta es una obligacion natural.

En todo estado, la sociedad debe ocuparse del pueblo, porque ella es su curadora y su patrona. Es una obligacion natural. De esta obligacion desconocida del mundo antiguo ha hecho el Cristianismo una ley. En la sociedad antigua la cumplia la Iglesia. La Revolucion ha desheredado de ella al pueblo. Sustituyéndose á la Iglesia, lejos de cumplir su tarea moralizadora y bienhechora ha pervertido y arruinado al pueblo. Le ha hecho desgraciado de todos modos: aumentando sus vicios y su codicia, satisfaciéndolos con goces emponzoñados y con un falso bienestar que acrecienta su miseria material con toda la miseria moral que los absorbe y abandonándole á ellos en pró de los que han medrado con él. Ha hecho el pauperismo, llaga horrible de donde procede el socialismo.

En todo gobierno digno de este gran carácter, debe haber tres cosas ordenadas de la manera siguiente. El

Soberano, que es el principio; el pueblo, que es el objeto; la clase política que debe ser el medio.

Ahora bien, en todos los gobiernos revolucionarios y pretendidos liberales, el medio ha absorbido el principio y el objeto. La clase política lo ha sido todo; no teniendo el cuidado del poder y del pueblo sino para ella sola, sirviéndose de este para escalar aquella; para interceptar, dividir y comprometer, en beneficio suyo esclusivo, lo que deberia coaligar ó reunir, pacificar y servir para el bien público.

Este género de gobierno ha concluido. En vano se intentará carenarlo, y ponerlo á flote. El pueblo mismo subirá y devorará todo gobierno, si no se apresuran á asociarse al verdadero gobierno, á aquel únicamente que gobierna para el pueblo, gobernando en nombre de Dios.

Asi es como la cuéstion social vuelve á la cuestion católica; tal es la única solucion que puede recibir.

VI.

EL CATOLICISMO Y LA CUESTION NACIONAL.

¿Y ahora quién no vé que la cuestion nacional, los intereses europeos y universales de la Francia, vuelven ó se refieren tambien á la cuestion católica?

Seria proceder injustamente con la Revolucion condenarla respecto de un objeto que no se ha propuesto nunca, la grandeza y el rango de la Francia en el mundo. Si ella se hubiera cuidado de esto, habria dado pruebas en el modo de sostenerlos, de una incapacidad sin igual. Pero no, jamás nos ha henchido hasta este punto

con promesas. Desde el principio, no ha cesado de profesar que las relaciones y los intereses europeos de la Francia la ocupaban poco.

No es el patriotismo obra suya. En un principio decia: *Perezcan las colonias antes que un solo principio.* En último lugar, decia tambien que su principio *valia bien la pérdida de dos provincias.* Sabido es como ha practicado este principio que llama *libertad.* Despues de haberle sacrificado los intereses esteriores de la Francia, se ha colocado en lo interior como en su propio objeto, por medio del famoso razonamiento de Grenoble; á saber que siendo idéntica la Francia á la libertad, y la libertad á la revolucion, la revolucion debia hacer las veces de la libertad y de la Francia. Su verdadero principio ha sido siempre imponerse, transigir para este efecto con los enemigos de toda clase en el interior y con sobrada frecuencia, con el extranjero. Ella no conocia mas que una guerra, la guerra social. No conocia mas que una especie de alianza: la internacional. La subversion del órden social francés y europeo, he aquí su horizonte, el cual es tan vasto para el mal como es tan estrecho y sofocante para el bien y para el honor de la Francia. Es verdad que por dos veces se ha erigido en vengadora de nuestro suelo; pero en esto se ha servido de *nuestra espada* para volverla contra nosotros. De todos modos se veria muy embarazada si tuviera que mostrarnos á sus embajadores y sus diplomáticos y que comunicarnos los archivos de sus negociaciones y de sus alianzas.

¿Cómo podria hacerlo ella que se inspira en el principio opuesto al carácter y á la mision política de la Francia en el mundo?

Cada ser en la naturaleza, cada individuo en la sociedad, cada nacion en la humanidad se hallan constituidos con el fin de una funcion y de una mision. Y para garantía de su fidelidad respecto del plan providencial que de ello resulta, la relacion de la funcion y de la constitucion es tal que se reclaman recíprobamente. La infidelidad de la funcion ocasiona el empobrecimiento de la constitucion; el ser sufre con su contradiccion en su razon de ser.

Ahora bien, la Francia, por temperamento, por constitucion, por tradiccion, es católica.

Católica, segun la etimología de la palabra, quiere decir *universal.* Y esta palabra que ha llegado á ser propia de la Iglesia, se aplica, no obstante, tambien á otros objetos. (1) De la misma manera podria decirse, haciendo abstraccion del sentido religioso, y no tomando la Francia sino en su mision de universalidad, que ella es la nacion católica.

Por temperamento y por vocacion providencial, se asocia con la Religion que tiene su Sede en Roma, en la Iglesia. Son, si me es lícito hablar así, dos esferas de catolicismo: la una en un sentido temporal, la otra en un sentido espiritual.

Estas dos misiones natural y sobrenatural no podrian ser rivales sin entrar en competencia por todas partes y sin dañarse recíprocamente. La Iglesia sin duda, sufriria con ello, pero la Francia pereceria. La primera, tenien-

(1) Así, se llama *cuadrante católico* el que marca las horas en todas las elevaciones del polo; *Remedio católico* el que tiene todas las propiedades para la curacion; *Horno católico* aquel por medio de cual puede hacer la química toda clase de operaciones.

do promesas eternas que diez y nueve siglos de prueba han venido ya á confirmar; la segunda teniendo en contra la fragilidad de las cosas humanas, como lo demuestra demasiado su estado actual.

La idea de rivalidad en su catolicismo respectivo entre la Francia y la Iglesia, no podria, por otra parte, concebirse; porque este carácter procede en cada una de ellas de los mismos elementos y de los mismos principios civilizadores. Solo se diferencia de ellos el órden. En la Iglesia estos principios y estos elementos estan en su foco divino; y en la Francia, como en su reflector humano.

De esta suerte han sido hechas la Francia y la Iglesia para unirse: la Iglesia como la cabeza y el alma; la Francia como el brazo y el cuerpo de la civilizacion.

El título de *Hija mayor de la Iglesia* respecto de la Francia, no es pues un título vano. Es la espresion de su naturaleza y de su mision en el mundo: es la palabra de toda su historia desde Clodoveo y Cárlo-Magno. La Francia ha sido siempre el órden de caballería de la Iglesia. La Iglesia, sin tener absolutamente necesidad de ello, ha amado é invocado siempre á la Francia. Pero ambas han estado mas de una vez en oposicion por la infidelidad de la Francia, si bien siempre que ha faltado la Francia á la Iglesia, ha faltado á sus propios intereses.

El Antiguo Régimen infiel á la Iglesia por la doctrina y por las costumbres, háse desplomado. La primera Revolucion, en guerra abierta contra la Iglesia, háse desplomado. El primer Imperio, cuyo mas bello título al reconocimiento de la Francia fue el concordato, habiendo sido infiel á su título, háse desplomado tambien. La Revolucion misma, que no estuvo pura de toda tradicion

galicana, que quiso ser demasiado católica á su manera y á su beneficio, y poner el trono y el altar sobre el mismo plano, háse desplomado. El Régimen de julio, que solo fue una conspiracion universitaria contra la Iglesia, háse desplomado. El segundo Imperio, que parece haber acumulado en sí solo todos los contrafueros contra la Iglesia, háse desplomado tambien bajo una acumulacion de faltas y de desastres correspondientes á estos contrafueros. Desde entonces en fin, nuestra política extracatólica ó anticatólica no tiene donde fijar el pié: flotando como un resto de un buque que la borrasca que lo ha arrancado amenaza tragarse de nuevo y que no vuelve á unirse ya á nada.

¡Cosa digna de notarse! esta suerte de la Francia es comun á todo lo que ha atacado á la Iglesia, pero difiere y le es peculiar en lo que es mas fatal y mas instantáneo para ella; prueba manifiesta de que sus intereses se hallan mas estrechamente ligados á la Iglesia que los de las otras naciones, y que gravitan por decirlo así, mas directamente en el órbe católico.

Toda nuestra historia, sobre todo durante ochenta años, podria resumirse en la de nuestras relaciones con la Iglesia. La Francia revolucionaria, siempre tan aislada en lo esterior, tan escluida del concierto de las naciones, tan rechazada y replegada sobre sí misma, en una palabra, tan poco civilizadora ó católica en el sentido temporal de la palabra, es tambien radicalmente anticatólica en el sentido religioso.

Hay aquí un hecho de concomitancia que está sobrado manifiesto y es demasiado constante para no implicar una ley.

Esta aparece sobre todo en nuestra situacion presente.

Nos hallamos muy debilitados y hemos descendido mucho en el concepto de Europa. Pero, fuera de Europa, puede todo un mundo revivir y realzarse en nosotros, y nosotros realzarnos otro tanto en la misma Europa. Todo el Oriente, desde Constantinopla hasta el fondo de las Indias, atribuye todavía al nombre de la Francia un prestigio que remonta á las Cruzadas y á San Luis, que fue sostenido por la política de la Francia hasta la Revolucion, y, á pesar de toda la mala voluntad de los gobiernos que datan de ella, que persiste todavía en esas vastas regiones donde se conserva tanto mas el sello de lo pasado cuanto que se hallan menos agitadas.

A decir verdad, este prestigio ha sido sostenido hasta nuestros dias á despecho de la Francia misma, ¿y sabeis por quién? Por nuestros Misioneros de todas las órdenes, por nuestras grandes obras de la *Propagacion de la Fe*, de la *Santa Infancia*, de las *Escuelas de Oriente*, y por cien establecimientos diversos en su unidad católica; por esos Misioneros y esas obras que armonizan y enlazan todavía los principios regeneradores de la Francia en el interior con su influencia en lo esterior, y que la Francia, doblemente ingrata y ciega, tolera apenas en sí, y abandona á lo lejos.

Los ingleses tienen factorías, que saben ellos defender á toda costa: nosotros tenemos Misiones que aventajan á estas, por su libre influencia en la opinion de aquellas comarcas, y las vemos de mal ojo.

Es preciso á lo menos que se sepa: *francés* es sinónimo de *católico* en todo el Oriente, y *católico* recíprocamente es allí sinónimo de *francés*. Y hasta tal punto, que siempre que las misiones católicas de cualquier otra nacion que la Francia, bien sean españolas, italianas, alemanas, y aun inglesas tienen que reclamar cerca de los soberanos de estas comarcas, se dirigen á los consulados franceses.

Esto consiste particularmente en que el carácter francés sobresale entre todos, en nuestros heróicos misioneros, por el valor, la industria, el ingenio, el saber, tanto como por las costumbres, la abnegacion, el celo y la intrepidez de la fe; por la admiracion, el respeto y el asombro que inspiran aun á sus verdugos (1).

Embajadores de la fe católica del Evangelio, lo son por esto mismo, de la civilizacion, y por esto mismo tambien, de la Francia, y lo son hasta dar su sangre.

No tenemos pues, mas que acoger el renombre que nos procuran, protegiéndolos por medio de tratados de tolerancia, con ocasion y á favor de los cuales otros tratados procurarain á nuestros intereses y á nuestra influencia una preponderancia que no carecéria de peso para nuestro crédito político en Europa.

Y ahora, en esta Europa donde se agita actualmente la cuestion de nuestros destinos, ¿no es nuestra política enteramente católica?

Nosotros somos la cabeza de la raza latina, en pugna en estos momentos con las razas del Norte. Y ¿qué es lo que distingue primordialmente la raza latina? ¿qué es lo que la caracteriza en su orígen si no es su temple católico? Un pueblo, una raza se gradua y estima por su

(1) No se olvide que es francés el escritor que asi se espresa. (*N. del T.*)

religion, si es cierto que la religion ha sido y será siempre la primer condicion de un pueblo, lo que no se puede desconocer sin haber perdido el juicio. Por ella han sido grandes en lo pasado, la Italia, la España, la Francia, y por lo que han precedido á todos los demás pueblos. ¿Qué espectáculo estamos dando por espacio de cien años y sobre todo, en nuestros dias? El espectáculo de un pueblo que se halla poseido de un odio furioso contra la religion que le caracteriza, que le ha hecho lo que es, es decir, contra sí mismo. ¿Y nos admiramos de nuestro decaimiento, comparado con el de los demás pueblos? Pero estos no tienen mas que vernos obrar para tener razon creyendo que nos llevan ventaja. Háse visto á pueblos pasar de una religion á otra y elevarse ó descender segun que esta religion era mas ó menos perfecta. El mundo moderno ha debido, de esta suerte, su superioridad sobre el mundo antiguo al Cristianismo, á la Iglesia; y en este mundo moderno, es de la Iglesia y de las naciones primitivamente católicas, de los latinos, de donde la civilizacion ha resplandecido con la fe, en los pueblos del Norte que son los últimos que han venido al gran concierto de la República cristiana. Nuestra anterioridad respecto á esto, se identificaba con nuestra superioridad, y esta con la misma fe que habia libertado al mundo. Y véase aun lo que nos estaba reservado. Esta ventaja de superioridad católica iba igualándose por medio de la reparticion de la misma fe con los pueblos del Norte, cuando estos se desheredaron de ella á sí mismos por medio de la heregía. Entonces las dos razas lucharon una contra otra en la guerra de los cien años. Pero la gran reaccion católica del siglo XVI, á juicio de

todos los publicistas, aun protestantes, nos ha hecho recobrar en intensidad intelectual y moral, en superior civilizacion y en preponderancia política, todo cuanto nos hallábamos amenazados de perder, y dimos al mundo y á la humanidad el gran Siglo. Desde entonces solamente, comenzamos á decaer. Y ¿por qué? Porque principiamos á dejar de ser católicos, y á cesar hasta de ser cristianos. El Antiguo Régimen galicano, primeramente; despues la Revolucion abiertamente impía y definitivamente atea, nos han hecho caer, no solamente debajo de nosotros mismos, sino debajo de los pueblos cismáticos y heréticos, nuestros rivales, y asi debia ser. Estos son en efecto hereges de la fe católica, y nosotros lo somos de toda fe. Nosotros hemos roto nacionalmente, no tan sólo con nuestra propia fe, sino con la fe del género humano. Nosotros estamos separados, no solamente del tronco católico, cuyas mas vigorosas ramas éramos, sino del árbol universal de la creencia. Hemos llegado á ser como hijos perdidos de la gran familia, lo que son los salvajes, y á no ser por la savia católica que está persistente todavía en el corazon del pais, no seríamos ya un pueblo.

Fácil es de comprender ahora porqué no tenemos ya política esterior.

La política esterior procede de los principios del derecho internacional, y estos principios provienen evidentemente, de la idea del Derecho en sí mismo, que no puede unir á los pueblos sino porque los domina con su regla. Pues bien, la idea del derecho, considerada en esta altura, y con esta estension, es la idea misma DE LO JUSTO en su esencia, de Dios. Esta idea es ó existe en